



AFIRMACIONES
DEL PACTO

P R E F A C I O

¿QUÉ CREE LA IGLESIA DEL PACTO?

En un nivel, la respuesta es bastante simple. Cuando nuevos miembros se unen a la Iglesia del Pacto se les hace dos preguntas acerca de sus creencias: “¿Confiesa a Jesucristo como su Salvador y promete seguirle como Señor?” y “¿Acepta usted las Sagradas Escrituras, el Antiguo y el Nuevo Testamento, como la palabra de Dios y la única regla perfecta de fe, doctrina y conducta?” Se les pregunta entonces si ellos se proponen vivir como fieles seguidores de Cristo y miembros de la iglesia y de la denominación.

Eso es todo. Eso es suficiente.

Pero en otro nivel, por supuesto, la respuesta es mucho más compleja. Aunque la Iglesia del Pacto no requiere una adherencia a un credo escrito, tomamos muy en serio nuestra teología así como nuestra historia. Somos una iglesia de la Reforma, una parte de la Iglesia Universal, y una iglesia evangélica. Con esta herencia, compartimos ciertas creencias centrales que nos unen en la fe y en la comunión, y que hacen posible la libertad entre nosotros en asuntos de mayor amplitud.

Describimos esas creencias centrales como “afirmaciones,” las cuales están bosquejadas en este folleto.

Confiamos en que a medida que usted lee estas afirmaciones usted se pueda identificar con ellas en su propia experiencia de fe. Si ellas le levantan preguntas o si usted quisiera leer más al respecto, le animamos a que pregunte

a su pastor (si usted ya está en contacto con una iglesia del Pacto) o a cualquier pastor del Pacto para más sugerencias.

Que Dios le bendiga en este proceso de aprender más de Él a través de Su Iglesia.

Glenn R. Palmberg, *Presidente*
La Iglesia del Pacto Evangélico

RECONOCIMIENTOS

ESTE DOCUMENTO se publicó primero en 1976. Fue escrito por el Comité de Doctrina del Pacto, que en aquel tiempo incluía a James R. Hawkinson (presidente), Donald C. Frisk, Paul E. Larsen, Edward Larson, A. Eldon Palmquist, Richard O. Sandquist, y Milton B. Engebretson (ex-oficio). Esta versión revisada de Las Afirmaciones del Pacto fue adoptada por la Asamblea Anual del 2005 después de que la Junta Ejecutiva del Pacto comisionara su revisión. El equipo de escritores incluye a: Philip Anderson, David Nystrom, Doreen Olson, John Phelan Jr., Mark Novak (superintendente asesor), y Donn Engebretson (facilitador). Estamos agradecidos a ambos equipos de escritores por su significativa contribución al entendimiento y la expresión de la fe que compartimos. Ellos han demostrado claramente que la fe que nos une es mucho más grande que los asuntos que nos pueden dividir.

INTRODUCCIÓN

LA IGLESIA DEL PACTO EVANGÉLICO busca formar y nutrir comunidades que estén profundamente comprometidas con Cristo Jesús y apasionadamente involucradas en la misión de Cristo en el mundo. El propósito de las Afirmaciones del Pacto es poner en claro los valores y principios que han guiado a la Iglesia del Pacto Evangélico desde su fundación en 1885.

El espíritu de la Iglesia del Pacto Evangélico está enfatizado en el Preámbulo de la Constitución y el Reglamento Interno:

La Iglesia del Pacto Evangélico es una comunión de congregaciones reunidas por Dios, unidas en Cristo y capacitadas por el Espíritu Santo para obedecer el gran mandamiento y la gran comisión. Afirma su compañerismo cristiano con otros cuerpos eclesiales y todos aquellos que temen a Dios y guardan sus mandamientos.

La Iglesia del Pacto Evangélico se adhiere a las afirmaciones de la Reforma Protestante relacionadas a la Biblia. Confiesa que la Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la palabra de Dios y la única regla perfecta de fe, doctrina y conducta. Afirma las confesiones históricas de la Iglesia Cristiana, particularmente el Credo de los Apóstoles y el Credo Niceno, al mismo tiempo que enfatiza la soberanía de la palabra de Dios por encima de todas las interpretaciones de los credos.

En continuidad con los movimientos de renovación del pietismo histórico, la Iglesia del Pacto Evangélico enfatiza, de manera especial, dos cosas: el nuevo nacimiento y la nueva vida en Cristo, en la convicción de que la fe personal en Jesucristo como Salvador y Señor es el fundamento de nuestra misión de evangelismo y desarrollo cristiano. Nuestra experiencia común de la gracia y del amor de Dios en Cristo Jesús continúa sosteniendo la Iglesia del Pacto Evangélico como un cuerpo interdependiente de creyentes que reconoce pero también trasciende nuestras diferencias teológicas.

La Iglesia del Pacto Evangélico celebra dos sacramentos divinamente ordenados, el bautismo y la Cena del Señor. Reconociendo la realidad de la libertad en Cristo, y en dependencia consciente de la obra del Espíritu Santo, practicamos tanto el bautismo de infantes como de creyentes. La Iglesia del Pacto Evangélico abraza esta libertad en Cristo como un don que preserva convicciones personales y, al mismo tiempo, nos guarda del individualismo que desconoce la centralidad de la palabra de Dios y las responsabilidades y disciplinas mutuas de la comunidad espiritual.

La Iglesia del Pacto Evangélico tiene sus raíces en el cristianismo histórico, en la Reforma Protestante, en la instrucción bíblica de la Iglesia Luterana de Suecia, y en el gran avivamiento espiritual de los siglos dieciocho y diecinueve. Estas influencias, junto con los más recientes movimientos de avivamiento, continúan dando forma a su desarrollo y a sus características distintivas. La Iglesia del Pacto Evangélico está comprometida a cruzar barreras de raza, etnicidad, cultura, género, edad y estatus social a fin de cultivar comunidades de fe y servicio.

A F I R M A C I O N E S C R I S T I A N A S C O M U N E S

EL PROPÓSITO de este folleto es proveer un contexto en donde personas que están tanto dentro como fuera de nuestra comunión afirmen su fe viviente. Tal declaración no debe ser interpretada como un credo o una declaración doctrinal formal. Los del Pacto afirmamos que una doctrina sólida, sujeta a la autoridad de la palabra de Dios, es una condición necesaria aunque no suficiente para una fe vital y creciente. Con esto como trasfondo, hacemos cuatro afirmaciones básicas concernientes a nuestra fe, afirmaciones que son comunes a toda la Iglesia cristiana.

- Somos una iglesia apostólica.
- Somos una iglesia católica (universal).
- Somos una iglesia procedente de la Reforma.
- Somos una iglesia evangélica.

Somos una iglesia apostólica porque confesamos a Jesucristo y la fe de los apóstoles según el registro de las Sagradas Escrituras. Los del Pacto siempre hemos afirmado la Biblia como “la Palabra de Dios y la única regla perfecta de fe, doctrina y conducta.”¹ El Apóstol Pablo escribe que “Toda escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). La Iglesia del Pacto no puede ser más precisa que

¹Tomado del Preámbulo a la Constitución y al Reglamento Interno de la Iglesia del Pacto Evangélico.

esto en cuanto a declarar su punto de vista sobre la inspiración. La autoridad de la Biblia es suprema en todos los asuntos de fe, doctrina, y conducta, y es digna de confianza. “¿Dónde está escrito?” era y es la piedra de toque de la Iglesia del Pacto en toda discusión relacionada con la fe y la práctica. En este sentido, somos una iglesia apostólica.

Somos una iglesia católica. La palabra católica significa literalmente universal. Somos parte de la Iglesia universal que ha existido desde los días de los apóstoles hasta ahora. Esto incluye a todos los que confiesan su fe en Cristo. En los primeros siglos de la era cristiana, la Iglesia desarrolló una serie de afirmaciones concernientes a la fe que han sido aceptadas por los cristianos a través de la historia. La Iglesia del Pacto Evangélico se considera a sí misma parte de esa tradición católica y reconoce su deuda con los credos y confesiones tempranos de la Iglesia como declaraciones concisas de fe bíblica. Nos referimos especialmente al Credo de los Apóstoles y al Credo Niceno, aunque lo mismo podría decirse de los credos de Calcedonia y de Atanasio.

El Credo Apostólico

Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que fue concebido del Espíritu Santo, nació de la virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos. Al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, desde allí vendrá a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia universal, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo, y la vida perdurable. Amén.

El Credo Niceno-Constantinopolitano

Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

Creemos en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre; por él todas las cosas fueron

hechas. Por nosotros y para nuestra salvación descendió del cielo, fue encarnado por el Espíritu Santo de la virgen María y se hizo hombre. Por nuestro bien fue crucificado bajo Poncio Pilato; sufrió la muerte y fue sepultado. Al tercer día resucitó según las Escrituras, ascendió al cielo y está sentado a la diestra del Padre. Vendrá otra vez en gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; y su reino no tendrá fin.

Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de la vida, procedente del Padre y del Hijo, quien con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, quien habló por los profetas. Creemos en la única iglesia, santa, católica y apostólica. Reconocemos un solo bautismo para la remisión de pecados. Esperamos la resurrección de los muertos, y la vida del mundo venidero. Amén.

Somos una iglesia de la Reforma y nos vemos parados en medio de la corriente que se generó con la Reforma Protestante, con referencia particular a la doctrina que afirma que la justificación es sólo por fe. Mientras la Iglesia del Pacto afirma con los reformadores la soberanía de la palabra de Dios sobre todos los credos, y el sacerdocio de todos los creyentes, da especial importancia al énfasis de la Reforma sobre la salvación sólo por gracia y sólo por fe—aparte de las obras de la ley. Esto queda claro en el siguiente extracto de la Confesión de Ausburgo de 1530, una confesión luterana con la cual otras iglesias de la Reforma generalmente concuerdan:

También se enseña entre nosotros que no podemos obtener el perdón de los pecados y la justificación delante de Dios por nuestros propios méritos, obras o satisfacción, sino que recibimos el perdón de pecados y llegamos a ser justos delante de Dios por gracia, por la obra de Cristo, por medio de la fe, cuando creemos que Cristo sufrió por nosotros y que por sus méritos nuestro pecado es perdonado y se nos es dado el perdón, la justificación, y la vida eterna. Porque Dios considerará y contará esta fe como justicia, como lo dice Pablo en Romanos 3:21-26 y 4:5.

La Iglesia del Pacto continúa siendo configurada por el pietismo, un movimiento de renovación que se originó en el siglo diecisiete en Europa

y enfatizó la necesidad de una vida personal en Cristo, la santificación por medio del Espíritu Santo, y el llamado al servicio en el mundo. El pietismo, al buscar el balance entre la cabeza y el corazón, afirmaba que la doctrina correcta es una condición necesaria aunque no suficiente para una fe vital y creciente.

Un líder espiritual en este movimiento fue Philipp Jakob Spener (1635-1705), quien por medio de sus influyentes y difundidos escritos desafió a la Iglesia a vivir una espiritualidad más profunda. Fue importante, en forma particular, su llamado a la lectura y el estudio de la Biblia, a una mayor participación de los laicos en el trabajo de la Iglesia, a una predicación simple, clara y directa encaminada a tocar las necesidades de la gente, y el abandono de la elocubración teológica en favor de las preocupaciones prácticas de la vida cristiana. La influencia del pietismo se extendió por toda la Europa del norte enriqueciendo las vidas de muchos con su énfasis en la nueva vida en Cristo.

Somos una iglesia evangélica. Cinco siglos han transcurrido desde la Reforma. Nuevos asuntos se han levantado sobre los cuales la Escritura ha arrojado su luz. La Iglesia del Pacto, en consistencia con su trasfondo pietista, ve en el surgimiento del evangelicalismo un movimiento que da expresión a varios de sus énfasis básicos.

Muchos han definido el evangelicalismo como Protestantismo. Sin embargo, es más exacto verlo como un despertamiento religioso que floreció en Europa y los Estados Unidos durante el siglo diecinueve. Olas de avivamiento espiritual se han extendido por el mundo protestante del occidente por más de dos siglos. La Iglesia del Pacto ha surgido de esos avivamientos, y sus miembros han disfrutado de la cooperación en misiones domésticas y foráneas con otros seguidores de Cristo. Así son consecuentes con el espíritu del texto expuesto al nacer el Pacto en 1885: “Compañero soy yo de todos los que te temen” (Salmo 119:63).

Los evangélicos han sido históricamente caracterizados por ciertos énfasis significativos: una fuerte insistencia en la autoridad de la Biblia; la absoluta necesidad del nuevo nacimiento; el mandato de Cristo de evangelizar el mundo; la necesidad continua de educación y formación en un contexto cristiano; y la responsabilidad por hacer actos de benevolencia y avanzar la justicia social.

AFIRMACIONES CENTRALES DEL PACTO

MANTENIENDO SU CONSISTENCIA CON LA AFIRMACIÓN del cristianismo clásico y su propia experiencia histórica, la Iglesia del Pacto afirma como central a su vida y pensamiento ciertos énfasis evangélicos. Entre ellos, los más importantes son los siguientes:

- la centralidad de la palabra de Dios,
- la necesidad del nuevo nacimiento,
- un compromiso con la misión integral de la Iglesia,
- la Iglesia como comunidad de creyentes,
- una dependencia consciente del Espíritu Santo, y
- la realidad de la libertad en Cristo.

La centralidad de la palabra de Dios. La Iglesia del Pacto declara su posición respecto a las escrituras como sigue: “La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la palabra de Dios y la única regla perfecta de fe, doctrina y conducta.”² Cuando Philipp Jakob Spener presentó su propuesta para la renovación de la Iglesia en 1675, su primera preocupación fue la centralidad de la palabra de Dios en la vida de la congregación y de los creyentes como individuos. Escribió:

² Tomado del Preámbulo a la Constitución y al Reglamento Interno de la Iglesia del Pacto Evangélico.

Debe darse debida consideración a un uso más extendido de la palabra de Dios en nuestro medio. Sabemos que por naturaleza no tenemos nada bueno en nosotros. Si algo bueno llega a haber en nosotros, tiene que ser obra de Dios. Para este fin la palabra de Dios es el medio poderoso, ya que la fe debe ser encendida por el evangelio. Mientras más habite la palabra de Dios en medio nuestro, más fe y más frutos se encontrarán.³

Lo nuevo en la propuesta de Spener no fue otra doctrina de la inspiración (ya había en aquellos días un acuerdo general sobre la divina inspiración de la Escritura), o un nuevo reconocimiento de la autoridad de la Escritura. Lo nuevo fue su descubrimiento de la naturaleza viviente de la palabra de Dios. La palabra es el “medio poderoso” para crear nueva vida a través del Espíritu Santo. Para muchos en los días de Spener, la palabra de Dios era simple información, o ley, o reglas; para Spener la palabra era poder—poder para efectuar cambios, por medio del Espíritu Santo, en la vida del que oye.

El poder dinámico de la palabra de Dios de dar forma a la vida ha estado en el corazón de la Iglesia del Pacto desde su fundación. La palabra que cambia vidas dio lugar a los conventículos—pequeños grupos que se reunían para estudiar la Biblia en la confianza de que la palabra de Dios moldearía la vida del creyente y de la comunidad de fieles. Proveyó el motivo para la lectura privada y devocional de la Biblia, una práctica por la que nuestros fundadores recibieron el apodo de “lectores.” Estimuló la preocupación por una predicación fiel, no de opiniones humanas, sino de la palabra de Dios, que tiene poder para convencer de pecado e injusticia y para prender el deseo de una nueva vida. Este poder dinámico de moldear vidas que tiene la palabra nos lleva a afirmar que tanto mujeres como hombres son llamados a servir como ministros ordenados. Es la razón por la que intencionalmente buscamos la diversidad étnica. Es la motivación detrás de todo acto de compasión y justicia a través de la vida de nuestro ministerio compartido.

La Iglesia del Pacto cree que el poder efectivo de la palabra escrita está asociada inseparablemente con el ministerio del Espíritu Santo. El Espíritu nunca trabaja independientemente de la palabra, y la palabra se hace efectiva

³ Philipp Jakob Spener, *Pia Desideria*, edición por Theodore G. Tappert (Philadelphia: Fortress Press, 1964) 87.

por medio del Espíritu Santo.

La unión de palabra y Espíritu es un tema central en la fe evangélica. Es por la inspiración del Espíritu Santo que la palabra escrita llegó a existir (2 Timoteo 3:16). Por la acción del Espíritu la palabra de Dios no vuelve vacía sino que cumple el propósito para el cual fue enviada (Isaías 55:11). Es por el testimonio interno del Espíritu Santo que al pecador que responde a la palabra se le asegura que ha sido hecho hijo de Dios (Romanos 8:16-17).

Es esencial, entonces, para la vida de la Iglesia, que ésta sea una compañía de gente deseosa de que sus vidas sean moldeadas por la palabra viviente y poderosa de Dios. La alternativa es clara. No ser moldeados por la palabra es ser moldeados por el mundo.

En todo lado, voces atractivas y persuasivas nos urgen a conformarnos al espíritu de esta época. No hay escape de tales penetrantes influencias. Sólo la iglesia que oye y responde a la palabra será capaz de levantar una voz profética en este desierto, y traer sanidad a un mundo confundido y perturbado.

La necesidad del nuevo nacimiento. Cuando la Iglesia del Pacto afirma que es evangélica, proclama que el nuevo nacimiento en Cristo Jesús es esencial. Enseñamos que “por la muerte y la resurrección de Jesucristo, Dios conquistó el pecado, la muerte y al diablo, ofreciendo perdón de pecados y asegurando vida eterna a quienes siguen a Cristo.”⁴ El nuevo nacimiento es más que la experiencia de perdón y aceptación. Es la regeneración y el don de la vida eterna. Esta nueva vida tiene las cualidades de amor y justicia así como de gozo y paz.

Jesús le dijo a Nicodemo, “El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Entrar al reino no es sólo tener una correcta relación con Dios sino alistarse en el servicio de Cristo. Los propósitos de Dios incluyen la transformación de las personas, como también la transformación del mundo de Dios en un espacio de verdad, justicia, y paz.

Como iglesia evangélica creemos que la conversión resulta en vida eterna. La conversión puede ser definida como el acto mediante el cual la persona se vuelve, con arrepentimiento y fe, del pecado a Dios. La conversión incluye un consciente rechazo de la vida de pecado e involucra un compromiso de fe.

⁴ *The Journey: A Leader's Guide for Discipleship/Confirmation* (Chicago; Covenant Publications, 2001).

La vida eterna no se otorga sólo por asentir con los credos, sino mediante un compromiso personal con Jesucristo.

Tan alta doctrina de la conversión no significa que todos los creyentes deban tener dramáticas experiencias de conversión. Aunque nadie recuerda el momento de su nacimiento físico, la vida presente es una evidencia de que eso ocurrió. Así, una persona puede ser verdaderamente convertida aunque no tenga memoria del momento de su nuevo nacimiento. La vitalidad de la vida es la prueba del nacimiento, no su memoria o recuerdo.

Es la voluntad de Dios que todos sean salvos: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tiene por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Sin embargo es sólo por medio de la gracia de Cristo que podemos ser salvos. Nuestro Salvador declaró, “Yo soy el camino, la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Los apóstoles acordaron: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay ningún nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). La Iglesia del Pacto comparte la preocupación de Dios por la salvación de todos, pero acepta la palabra de Dios que afirma que sólo los convertidos a Cristo Jesús serán salvos.

El nuevo nacimiento, sin embargo, es sólo el comienzo de la vida cristiana. Crecer hacia la madurez en Cristo es un proceso, llamado santificación, que toma toda la vida. Ser formado en Cristo es la meta, tanto para los individuos como para las comunidades de creyentes. El Apóstol Pablo agonizaba, como una mujer dando a luz, para que los creyentes pudieran demostrar el carácter de Cristo y su bondad en todo su ser (Gálatas 4:19).

En este peregrinaje de ser transformados por el Espíritu Santo a la semejanza de Cristo, el pueblo de Dios experimenta y expresa su amor a Dios y a los demás. El crecimiento espiritual saludable y efectivo se da en el contexto de relaciones, tanto dentro como fuera del grupo. El resultado deseado de este proceso de formación está descrito por el Apóstol Pablo: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

Ser discípulo de Jesús implica costosa obediencia a todas sus enseñanzas. Tal obediencia, junto a la obra del Espíritu en nosotros, nos equipa para hacer el trabajo del reino, dando testimonio del evangelio y sirviendo a otros en el

nombre de Jesús.

Aunque no hay un estado de perfección final en esta vida, hay un proceso de crecimiento de principio a fin. Este proceso es tanto un don de Dios como un don de la vida misma (Gálatas 3:3). Junto a los dones de la vida y del desarrollo, el hijo de Dios recibe los dones de la seguridad de la salvación y de la confianza en la fe. El Apóstol Pablo declara: “estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

Así como no hay nuevo nacimiento sin arrepentimiento y fe, no hay desarrollo espiritual sin una vida de disciplina. Disciplina es el cultivo y el cuidado de la vida espiritual en sus dimensiones personal y corporativa. La adoración pública, la participación en los sacramentos, la oración, el estudio de la Biblia, el servicio a otros, la mayordomía, la comunión y otras disciplinas espirituales, todas incrementan el desarrollo cristiano. Una vida de disciplina nos prepara individual y comunitariamente para un apasionado compromiso con la obra de Cristo en nuestro mundo. Es por medio de la gente transformada que Dios transforma el mundo. Por eso es que somos llamados a nueva vida. Una vida de disciplina evita, por un lado, la indiferencia moral y espiritual, y por otro, el legalismo opresivo.

En su carta a los Efesios, el Apóstol Pablo declara: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

Aunque la búsqueda de una vida santa no nos gana el favor de Dios, sí le agrada. Permite que el Espíritu llene al cristiano con gozo y haga del cristiano un agente efectivo de reconciliación.

Un compromiso con la misión integral de la Iglesia. La Iglesia del Pacto se ha caracterizado siempre por su trabajo en misiones. El nombre más antiguo atribuido a los del Pacto fue “Amigos de las Misiones,” gente que había pactado con el propósito de trabajar juntos en la misión común tanto cerca como lejos. Ellos entendieron que el trabajo misionero era el evangelismo y la formación cristiana, así como los ministerios de benevolencia, de compasión y justicia frente al sufrimiento y la opresión. Esta es la herencia del pietismo,

que fue instrumental en comenzar el movimiento misionero protestante. Un pietista del pasado, Hermann Francke (1663-1727), describió esto cuando dijo que el cristiano vive para la gloria de Dios y el bien de su vecino. En la ciudad de Halle en Alemania, Francke fue clave en el desarrollo de una universidad pietista que educó pastores, maestros y misioneros. Los pietistas allí fundaron orfanatos, un hospital, una farmacia, una imprenta, y una gran biblioteca dedicada a la visión global del servicio cristiano. En el Pacto permanecemos como comunidad de amigos comprometidos con esta misión integral de la Iglesia.

Jesús hizo claro que si sus seguidores le amaban, debían guardar sus mandamientos. Él dijo, “‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.’ Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo.’ De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:37-40). Éste es el gran mandamiento.

La Iglesia del Pacto está también comprometida con la gran comisión de Jesucristo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19-20).

Establecida por el evangelio y la gracia de Jesucristo, la Iglesia existe por cumplir su misión—la gran comisión y el gran mandamiento—como el fuego existe por la combustión. La misión de la Iglesia es la fe activa en el amor, y los dos no pueden separarse sin disminuir el evangelio. Como la representante de Cristo en el mundo, la Iglesia debe ser un agente de gracia, llevando el mensaje de reconciliación, esperanza, justicia y paz. Al final de su vida, Jesús declaró amigos a sus discípulos, dando a entender que ellos compartían con él una pasión común por su misión en el mundo (Juan 15:13-15). Los del Pacto, los Amigos de las Misiones, han entendido la misión en forma amplia como la capacidad de ser amigos de otros y de todo lo que Dios ha creado, en el nombre de Aquel que se hizo amigo de nosotros primero.

Los del Pacto, al igual que todos los cristianos, estamos llamados a proclamar estas buenas noticias con nuestra vida y palabra, y mediante el amor y la integridad de nuestras congregaciones. Mediante el testimonio fiel, los perdidos se encuentran con Cristo. En actos de generosidad y compasión, la gente es ministrada y la justicia es proclamada. En el trabajo de evangelismo

y misiones, buscamos encarnar la presencia de Jesucristo con cabeza, manos, voz y corazón. Jesús llamó a sus discípulos a llevar sus propias cruces, y en ese gozoso camino de sufrimiento y servicio encarnamos su ministerio de reconciliación, y proclamamos la realidad del reino que se extiende a cada persona en todas partes y en toda la creación. La Iglesia del Pacto, entonces, está “comprometida a cruzar barreras de raza, etnicidad, cultura, género, edad, y estatus en el cultivo de comunidades de vida y servicio.”⁵ Esta misión pertenece a toda la Iglesia, al sacerdocio espiritual de todos los creyentes—mujeres y hombres, jóvenes y viejos, laicos y clérigos

La Iglesia del Pacto busca mantener unida la proclamación y la compasión, el testimonio personal y la justicia social, el servicio y la mayordomía en todas las áreas de la vida. Dios hace todas las cosas nuevas y llama a sus seguidores a participar en esta misión. Quienes no conocen al Señor Jesús o no le aman, así como los que experimentan pobreza, sufrimientos, desigualdad e injusticia no pueden ser ignorados. Mediante la encarnación de Jesucristo, “le agradó al Padre... reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19-20). Esto da testimonio de la ilimitada pasión de Dios tanto por las almas como por la vida terrenal de todas las personas, y por todo lo que Dios ha creado. Cuando atendemos no sólo las consecuencias sino también las causas del sufrimiento, estamos viviendo lo que significa ser el cuerpo de Cristo en el mundo.

La Iglesia como comunidad de creyentes. Martín Lutero, en medio de la Reforma, hizo una desafiante sugerencia para la organización de la Iglesia:

[Los cristianos] deberían firmar sus nombres y reunirse por su propia iniciativa en alguna casa para orar, leer, bautizar, recibir el sacramento, y hacer otros trabajos cristianos. En concordancia con esta orden, quienes no lleven vidas cristianas podrían ser identificados, reprobados, corregidos, expulsados, o excomunicados, de acuerdo con la norma de Cristo (Mateo 18:15-17). Aquí alguien también puede solicitar ofrendas de benevolencia para

⁵ Tomado del Preámbulo a la Constitución y al Reglamento Interno de la Iglesia del Pacto Evangélico.

ser voluntariamente dadas y distribuídas a los pobres, según el ejemplo de San Pablo (2 Corintios 9). Allí no se necesitaría de mucho canto ni muy elaborado. Allí se podría establecer un orden breve y claro para el bautismo y el sacramento, y centrarlo todo alrededor de la palabra, la oración y el amor.⁶

Lutero vio la iglesia ideal como el encuentro de quienes confiesan su fe en Jesucristo, se comprometen los unos con los otros, y no se someten a ninguna otra autoridad que no sea la de Jesucristo, el Señor de la Iglesia. La Iglesia del Pacto busca llevar a cabo el valor de este ideal.

Las raíces de esta visión de la Iglesia se encuentran en dos énfasis fundamentales del Nuevo Testamento:

- La Iglesia es una comunión o compañerismo de creyentes, caracterizada por participar y compartir la nueva vida en Cristo. Pablo llama a la comunidad cristiana el cuerpo de Cristo, una comunidad compuesta por muchos miembros, cada uno diferente y mutuamente interdependiente (1 Corintios 12:12-30). Cuando estamos en comunión unos con otros, cuando todo el pueblo de Dios está interactuando entre sí en adoración y servicio, es cuando la voluntad de Dios se revela y se discierne con más claridad.
- El Nuevo Testamento también enseña que dentro de la comunidad cristiana ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni hembra, sino que todos somos uno en Cristo Jesús (Gálatas 3:28). Estas tres áreas—raza, clase y género—ya no son una ventaja o una desventaja dentro del cuerpo de Cristo. Esta es una visión multi-étnica, sin clases sociales y con igualdad de género. Reconocemos nuestra necesidad de diversidad étnica, de compañerismo y de ministerio mutuo por encima de las barreras socio-económicas construídas artificialmente, y de los dones y el liderazgo de mujeres y hombres. Es el deseo de la Iglesia del Pacto mantener esta visión bíblica.

⁶Ulrich S. Leopold, ed., *Liturgy and Hymns* (Philadelphia: Fortress Press, 1965) p. 53.

La Iglesia es una comunidad reunida y apartada para trabajar en la misión de Cristo en el mundo. “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). El “sacerdocio de todos los creyentes” significa que cada creyente está llamado a ser parte de la comunión de creyentes y a participar en el evangelismo, la formación cristiana, la adoración y el servicio.

La Iglesia de creyentes no es simplemente una institución u organización humana, sino el pueblo a quien Dios ha llamado. El énfasis no está en los edificios o en las estructuras jerárquicas, sino en la comunión de quienes viven la gracia y en la activa participación, mediante el Espíritu Santo, en la vida y la misión de Cristo.

La membresía en la Iglesia del Pacto se obtiene por confesar una fe personal en Cristo Jesús. Está abierta a todos los creyentes. No esperamos que todos los creyentes estén de acuerdo en cada detalle de la fe cristiana. Lo que se requiere es que la persona sea nacida de nuevo “en una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Pero, si la membresía está abierta a todos los creyentes, está también abierta a sólo los creyentes. “Las puertas de la iglesia son suficientemente anchas para admitir a quienes creen y suficientemente angostas para excluir a quienes no creen,” dijeron nuestros fundadores.

Esto no significa que los miembros de la Iglesia de creyentes sean perfectos. La Iglesia sabe que siempre será una compañía de pecadores, pero pecadores que han experimentado el perdón y están buscando sanidad en una nueva relación con Dios. Al mismo tiempo afirmamos que todas las personas en todos los estados de fe y de no-fe están bienvenidas a participar en la vida de la Iglesia.

La Iglesia del Pacto cree que la Sagrada Escritura es la fuente de vida de la Iglesia, de su predicación y enseñanza, y el medio para su renovación. Jesús dijo, “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31b-32). Incluida en el ministerio de la palabra está la celebración del bautismo y la Santa Comunión como sacramentos de la Iglesia expresamente ordenados por nuestro Señor. Ellos son señales visibles de la invisible gracia de Jesucristo. La Iglesia del Pacto está abierta a todos los creyentes y reconoce el bautismo de

infantes y de creyentes como formas bíblicas de este sacramento e incluye la práctica de ambos en su ministerio.

La congregación local es de crucial importancia en el trabajo redentor de Dios en el mundo. Aunque Dios trabaja en todas partes, es en las relaciones personales y cercanas de la comunidad de fe que la gente está particularmente abierta a la sanidad, la convicción, y el ministerio del Espíritu Santo de dar vida. Aquí, el cuidado y la disciplina bíblicos tienen lugar en el contexto del amor y de la preocupación cristiana.

La Iglesia del Pacto es una comunión de congregaciones miembros interdependientes. Cada congregación local busca la dirección del Espíritu Santo en asuntos de vida común y misión. En concordancia con el tipo de gobierno congregacional, cada congregación es libre de gobernar sus propios negocios. Al mismo tiempo, cada congregación del Pacto se ha comprometido a participar responsablemente en la comunión, decisiones, y ministerio compartido de las conferencias regionales y de la denominación.

La Iglesia del Pacto sostiene que hay un solo ministerio indispensable—el de Jesucristo. Todos los miembros del cuerpo están llamados a este ministerio. Es el ministerio de la proclamación y el evangelismo, de la formación cristiana y el cuidado pastoral, de la mayordomía y el servicio. La preocupación tanto por la salvación personal como por la justicia social son parte del ministerio. Al mismo tiempo, reconocemos que Dios llama ciertos hombres y mujeres para ser apartados como siervos de la palabra, de los sacramentos y del servicio. Esto no les da a los ministros con credenciales un estatus superior. Sin embargo, se les reconoce el llamado que tienen de parte de Dios y se les da una función especial en la Iglesia, capacitando a la Iglesia para cumplir su misión.

Una dependencia consciente del Espíritu Santo. La Iglesia del Pacto, enraizada en el cristianismo histórico, confiesa un solo Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Espíritu Santo continúa la obra creativa del Padre y la obra redentora del Hijo dentro de la vida de la Iglesia. Por esta razón la Iglesia del Pacto ha enfatizado la obra continua del Espíritu Santo.

De acuerdo con el Evangelio de Juan, el Jesús terrenal prometió que el mismo Espíritu de Dios que “permaneció sobre él” (1:32) un día vendría a morar en sus discípulos como uno de los resultados de su crucifixión y resurrección. El Espíritu “mora con vosotros” dijo, “y estará en vosotros”

(14:17). Fue el Espíritu Santo que vino a morar en Pablo, llenándole con la presencia de Dios y dirigiéndole, tal como lo hizo con Jesús. Por esta razón Pablo pudo decir, “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Es el Espíritu en nosotros que nos capacita a continuar con la misión de Cristo en el mundo (Hechos 1:8).

El Nuevo Testamento afirma que el Espíritu Santo trabaja tanto en los individuos como entre los individuos. Es el Espíritu Santo que acerca a quienes están lejos y distantes, haciéndonos uno en Cristo (Efesios 2:11-22). Es el Espíritu Santo que agita en nosotros un profundo sentido de afecto familiar unos con otros, llevándonos a amarnos los unos a los otros (1 Corintios 15:58). Porque Cristo ha llegado a ser nuestro hermano (Romanos 8:29) es que juntos somos hechos miembros de la familia de Dios (Efesios 3:14-16). El Espíritu de Dios en nosotros gime “Abba,” al ser adoptados en la familia de Dios como hermanas y hermanos los unos con los otros (Gálatas 4:4-7). Es el Espíritu Santo, Pablo asegura, que nos permite tener un sentido de unidad y propósito común entre los cristianos (Filipenses 1:27; 2:1-2).

La comprensión que el Pacto tiene del Espíritu Santo, fundamentada en el Nuevo Testamento, está también informada de la idea de la Reforma de que palabra y Espíritu son inseparables. Es el Espíritu de Dios que da vida a la predicación del evangelio y otorga eficacia a los sacramentos en la comunidad de fe. El Pacto también extrae de su herencia pietista su comprensión del Espíritu Santo. Creemos que es obra del Espíritu Santo poner en el corazón humano el deseo de volverse a Cristo. Creemos que es obra del Espíritu Santo asegurar a los creyentes que Cristo mora en ellos. Creemos que es el Espíritu Santo, en concierto con nuestra obediencia, quien nos conforma a la imagen de Cristo (Romanos 8:28-29).

Los primeros creyentes del Pacto en Suecia estuvieron vinculados por la consciencia común de la gracia de Dios en sus vidas. Ellos decían que el Espíritu Santo les impartía un caluroso sentimiento de la gracia de Dios, y les dirigía a una devoción común a Dios en Cristo por medio de la lectura de la Biblia y las reuniones frecuentes con el propósito de animarse y edificarse mutuamente. Ellos percibieron al Espíritu Santo guiándoles corporativamente a una misión y un propósito común.

Los primeros creyentes del Pacto en Norte América fueron conscientes de la presencia y el propósito de Dios por la actividad del Espíritu Santo entre

ellos. Estuvieron convencidos de que el Espíritu Santo estaba obrando en sus iglesias y guiándoles a formar la denominación Misión Evangélica Sueca del Pacto. En la asamblea cuando se organizó el Pacto, C.A. Björk habló de que una reunión organizacional nunca produce unidad; el pueblo de Dios se une, dijo él, por la dirección del Espíritu Santo. Los primeros creyentes del Pacto creían que cada cristiano necesita escuchar la voz de Dios revelada no sólo al individuo, sino también a través del testimonio de otros creyentes. Ellos creían que el Espíritu Santo estaba vivo y activo, obrando por medio de la predicación, los sacramentos, las Escrituras, y al testificar los unos a los otros.

La Iglesia del Pacto cree que el Espíritu de Dios está activo y “sopla donde él quiere” (Juan 3:8). El Espíritu es el actor previniente en el drama de la salvación, el que crea el hambre para la vida en Cristo, y el que satisface esa hambre. Nos sorprendemos muchas veces ante la manifestación de los propósitos divinos, conscientes que nuestros caminos y pensamientos no siempre son los caminos y pensamientos de Dios. Por esta razón los del Pacto queremos cultivar una saludable humildad ante Dios abierta a la dirección del Espíritu Santo. Cuando Dios está por hacer algo nuevo (Isaías 43:9), queremos percibir a Dios obrando antes que ser encontrados perdidos a los propósitos divinos. Queremos ver con los ojos del Espíritu, y no meramente con nuestros propios ojos. La Iglesia del Pacto cree con Pablo que el Espíritu Santo otorga dones espirituales a los creyentes con el propósito de servir a la comunidad cristiana que es el mismo cuerpo de Cristo. Como una Iglesia de creyentes, el Pacto ha valorado el concepto de la Reforma acerca del sacerdocio de todos los creyentes, y lo ve enraizado en la idea de la mutua interdependencia expresada en la noción paulina del cuerpo (1 Corintios 12:12-31). El Espíritu otorga dones a cristianos individuales para el beneficio de otros, no para el beneficio de quien recibe el don. Es el plan de Dios por medio de la obra del Espíritu que en el cuerpo de Cristo nos necesitemos unos a otros. En concordancia, mientras que el Pacto reconoce la legitimidad de todos los dones espirituales, históricamente no ha sido marcada por un énfasis en un don o un tipo específico de dones espirituales. Esta profunda confianza en la tierna dirección del Espíritu ha sido parte de la identidad del Pacto a través de los años.

La realidad de la libertad en Cristo. La Iglesia del Pacto se enfoca en lo que une a los seguidores de Jesucristo antes que en lo que los separa. El

centro de nuestro compromiso es una fe clara en Jesucristo. La centralidad de la palabra de Dios, la necesidad del nuevo nacimiento, un compromiso con la misión integral de la Iglesia, la Iglesia como comunidad de creyentes, y la dependencia consciente del Espíritu Santo forman los parámetros en los cuales se experimenta la libertad. Aquí los seguidores de Cristo encuentran la seguridad para ofrecer libertad los unos a los otros en asuntos que de otra forma los dividirían.

Libertad es un concepto frecuentemente malinterpretado. En la cultura occidental libertad se entiende como autonomía e independencia. Nadie, sin embargo, puede ser totalmente autónomo e independiente. La libertad auténtica se manifiesta en una correcta relación con Dios y con los demás. Es por esta razón que la libertad en Cristo es tan altamente valorada en la Iglesia del Pacto. Libertad es un don de Dios en Cristo a todos aquellos que están dispuestos a recibirla. “Si vosotros permaneciereis en mi palabra,” dijo Jesús, “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31b-32).

Liberación es uno de los principales temas de la Biblia. Temprano en su historia, el pueblo de Dios fue liberado de la esclavitud de Egipto y comenzó su largo peregrinaje hacia la tierra prometida. La historia continúa con el trabajo liberador de los jueces, quienes libraron a Israel de sus enemigos. El más ilustre rey de Israel, el rey David, los liberó de los filisteos y estableció un reino comprometido con el Dios de Israel. Pero ese reino no permaneció. Las Escrituras hebreas terminan con Israel otra vez bajo la esclavitud de sus enemigos, pero esperando la promesa de la liberación de Dios. Por medio de esta historia la libertad del pueblo de Dios no es sólo libertad de, sino de libertad para. Ellos fueron libertados de Egipto para adorar y servir a su Dios. En su ley ellos son llamados no sólo a servirse los unos a los otros, sino también a servir a los extraños, los extranjeros, la viuda y el huérfano—a todos quienes sufren y han sido marginados por las circunstancias amargas de la vida.

Jesús vino como el ungido de Dios a continuar el programa liberador de Dios. Él nos hace libres, según Pablo, del poder que tenía el pecado para condenar, controlar y destruir. El pueblo de Dios no está sin pecado, pero encuentra en la muerte y la resurrección de Jesús la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Pero, en las Escrituras hebreas, esta libertad nunca es simplemente personal e individualista. Por el poder de su Espíritu que da vida, Cristo nos traslada a un nuevo reino—un reino donde la luz, la vida y el gozo prevalecen.

“Cristo nos libertó para que vivamos en libertad” (Gálatas 5:1a NVI). Así capacitado, el creyente no sólo busca obedecer y seguir a Dios, sino también efectuar la liberación de otros de sus pecados y opresiones. Esta libertad es “en Cristo.” Por gracia Dios hace de una persona, según Lutero, “un señor perfectamente libre de todos, no sujeto a nadie” y al mismo tiempo “un siervo perfectamente obediente a todos, sujeto a todos.” Para Pablo tal libertad significa que los creyentes son liberados de las opresivas restricciones de la cultura y de los credos para vivir en una nueva realidad: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo” (Gálatas 3:28).

La verdadera libertad se encuentra en esta tensión creativa entre el espíritu de señor y de siervo. Dios quiere que las personas sean lo que él quiso que fueran al crearlas en perfecta libertad. Esta libertad no es para auto-indulgencia, sino para servir a la comunidad y al mundo movidos por el amor a Dios (Gálatas 5:13).

La Iglesia del Pacto ha buscado honrar las tensiones inherentes de esta libertad. La Iglesia del Pacto ha entendido que la palabra de Dios es soberana sobre cualquier interpretación humana que se haga de ella—incluyendo su propia interpretación. La libertad del Pacto opera dentro del contexto establecido por otros principios que la Iglesia del Pacto considera primarias, particularmente la autoridad de la Escritura. Dentro de estos parámetros el principio de libertad se aplica a asuntos doctrinales que pueden llevar a la división. Con una modestia que nace de la confianza en Dios, los del Pacto se han ofrecido unos a otros la libertad teológica y personal cuando los datos históricos y bíblicos parecen permitir una variedad de interpretaciones de la voluntad y los propósitos de Dios. Esto a veces ha llevado a la controversia en asuntos tales como el bautismo, la segunda venida de Cristo, la naturaleza precisa de la inspiración o cómo debe entenderse el sacrificio vicario de Cristo, y varios asuntos de vida y práctica. Sin embargo, ha permanecido constante el compromiso con la Biblia como la palabra de Dios y con el consenso histórico en la interpretación que ha hecho la Iglesia cristiana. Este compromiso con la libertad ha mantenido unida a la Iglesia cristiana cuando hubiera sido más fácil romper la comunión y dividir el cuerpo de Cristo.

Para algunos tal libertad no es ninguna libertad. Les gustaría más bien tener claras las órdenes de marcha desde una fuente inapelable de autoridad, en

vez de cargar con la responsabilidad de decidir. No es fácil ser libre. Pero tales limitaciones con la libertad no muestran sabiduría sino inmadurez. Muestran personas que no han llegado a su mayoría de edad como herederos de los buenos dones de Dios (Gálatas 3:23-29). Sin embargo, buscar libertad por la libertad es perderla. Libertad no es auto-indulgencia o auto-engrandecimiento, sino servir y amar a Dios, en quien solamente se encuentra la verdadera libertad.

La Iglesia del Pacto atesora esa libertad en Cristo y reconoce, como uno de nuestros padres lo dijo, que la libertad es un don y el último de todos los dones para madurar. Mientras tanto habrán preguntas y conflictos. La completa madurez y el entendimiento pleno nos esperan en el día cuando “los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). Mientras tanto nos ofrecemos unos a otros la libertad, ya que para la gente del Pacto libertad no es algo que reclamamos para nosotros mismos, sino que la ofrecemos a otros. Haciendo esto simplemente compartimos el don de la libertad que Dios nos ha dado en Cristo Jesús.

C O N C L U S I Ó N

DE TODO LO QUE SE HA DICHO EN ESTE DOCUMENTO, debe quedar en claro que la Iglesia del Pacto Evangélico es una iglesia peregrina. Creemos con el escritor de la Carta a los Hebreos que este mundo no es nuestro hogar, y que miramos hacia adelante con gran anticipación “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10).

Hasta que Cristo regrese, continuaremos adorando, trabajando y dando testimonio, con la finalidad de que toda la tierra pueda oír su voz y conocer de su amor. Al igual que nuestros padres, dejamos la puerta del futuro abierta, prefiriendo vivir bajo las promesas de Dios antes que bajo las garantías humanas. Con el Apóstol Pablo hemos renunciado “a lo oculto y vergonzoso,” pero “por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

Los del Pacto creemos que siempre es tiempo de proclamar las buenas nuevas de Jesucristo. Porque en cada escena cambiante que nos espera, “si alguno está en Cristo nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación . . . Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:17-20).

Un himno antiguo del Pacto expresa el gozo de la nueva vida en Cristo

y la invitación que la gente del Pacto le gustaría extender a todos los que buscan a Dios.

¡Que tu alma sea llena de gozo,
que tu corazón redimido se regocije!
Que este pensamiento borre tu tristeza:
mediante su sangre has sido liberado,
el amor de Dios que no falla es tuyo,
Dios ha dado a su Hijo por ti.
Por su muerte el cielo se ha abierto
y has sido rescatado tal como eres.

Si estás vacío de sentimientos,
iregocíjate, eres como una novia redimida!
Si los que amas te han despreciado,
y la oscuridad te asalta por doquier,
tuya es la promesa, ven y pruébala
en el dolor y el triunfo, en la risa y el llanto,
en necesidad y abundancia, en vida o muerte
porque has sido redimido tal como eres.

Este bien trasciende a todos:
¡que Cristo murió por ti y por mí!
Este es un gozo que fin no tiene
¡Mira el maravilloso amor de Dios!
Alabado seas Cordero sin mancha,
que en el desierto mi alma guías
hacia la ciudad del gozo eterno,
para la cual me compraste tal como soy.⁷

⁷Peter Jonsson Aschan (1726-1813), traducción al inglés de Karl A. Olsson (1913-1996), *The Covenant Hymnal: A Worshipbook* (Chicago: Covenant Publications, 1996) No. 494.

